

MAÑANA VUELVO

Seudónimo: Valois

Salino como una lágrima eterna, azul como los sueños de Ulises cuando añoraba Ítaca.

He visto imperios alzarse y caer, he sostenido quillas heridas y he lavado la sangre de las guerras antiguas. Pero nada me ha marcado tanto como el regreso de un hombre que un día fue niño y que volvió a mirarme con otros ojos.

Yo soy el Mediterráneo.

Y lo recuerdo.

Recuerdo cuando eras pequeño, de pies descalzos y risa fácil, cuando corrías hacia mí en la villa de Los Alcázares como si el mundo no pudiera hacerte daño. Recuerdo tus castillos de arena, tus batallas inventadas, tus preguntas sin miedo. En mí aprendiste a flotar sin saber que, muchos años después, esa lección te salvaría.

Las tardes eran tuyas. Construías castillos que no estaban hechos para durar, y aun así los levantabas con esmero: murallas gruesas, fosos profundos, torres torcidas. No te importaba que yo los deshiciera después. Había algo más importante: el acto de hacerlos.

—«Mañana lo haremos más grande», prometías siempre.

Y yo escuchaba.

A veces te sentabas frente a mí cuando el sol empezaba a bajar y la luz se volvía suave, casi melancólica. La playa se vaciaba poco a poco, las risas se alejaban, y a ti te invadía una tristeza leve, inexplicable. No querías irte. Nunca querías.

Porque cada día, al marcharte, temías algo que aún no sabías nombrar: que las cosas hermosas pudieran desaparecer para siempre. Que el verano se acabara. Que tú cambiaras. Que yo no te recordara.

Esa pregunta era tu manera infantil de pedir permanencia.

De asegurarte de que había lugares —y afectos— que no se pierden, aunque uno se vaya.

—«Mañana vuelvo», decías, arrastrando los pies, mirando atrás.

Y yo, con una ola mansa, te respondía sin palabras: aquí estaré.

Pasó el tiempo.

Tú creciste.

Y yo seguí aquí.

Un día regresaste distinto. No corrías. Caminabas despacio, como quien mide cada paso. Traías el cuerpo cansado y una sombra nueva en la mirada. No hablaste de ello en voz alta, pero yo lo supe. El mar sabe reconocer a quienes han atravesado tormentas que no se ven.

El cáncer llegó a tu vida como llegan las mareas traicioneras: sin ruido al principio, sin aviso claro. Al comienzo pensaste que era sólo cansancio, una ola más fuerte de lo habitual. Luego vinieron las palabras difíciles, los pasillos

blancos, el tiempo suspendido entre pruebas y silencios. Palabras que pesan como anclas: diagnóstico, tratamiento, espera.

Te sentaste frente a mí, envuelto en una toalla, igual que cuando eras niño, pero ahora el héroe llevaba cicatrices invisibles.

—«No sé si sabré resistir», murmuraste, creyendo que nadie escuchaba.

Yo te respondí como sé hacerlo: no con palabras, sino sosteniéndote. Mi sal volvió a abrazarte, esta vez no para jugar, sino para ofrecerte acompañamiento y cuidado, para recordarte que el cuerpo, incluso herido, sabe flotar. Que no todo es luchar contra las olas; a veces hay que dejarse llevar para no hundirse..

Entraste en el agua con cautela. El miedo iba contigo. El cansancio también. Pero cuando tu cuerpo se rindió a mi abrazo templado, algo cambió. No venciste al mar: confiaste en él. Y en ese gesto pequeño empezó a crecer una fortaleza silenciosa.

Cada tratamiento fue como una travesía. Hubo días de calma engañosa y otros en los que el oleaje parecía romperte por dentro. Perdiste cosas: fuerzas, certezas, planes. Ganaste otras: una forma distinta de mirar la vida, una atención nueva a lo esencial y una ilusión discreta, obstinada, que se negaba a desaparecer.

Yo te vi volver una y otra vez. Algunos días sólo te sentabas a mirarme. Otros entrabas hasta las rodillas. No siempre se puede nadar mar adentro. Y eso también es valentía.

—«Sigo aquí», te decías.

Y yo asentía con mis olas.

Aprendiste que la esperanza no siempre es un grito. A veces es apenas un susurro, como la espuma al retirarse. Aprendiste que el cuerpo cambia, pero no traiciona; se adapta, resiste, recuerda. Como yo.

Cuando el sol caía y la luz se volvía dorada, cerrabas los ojos y respirabas hondo. No pedías milagros. Pedías tiempo. Pedías seguir. Y eso, hijo de mis aguas, ya era una victoria.

No volviste a ser el niño de los castillos perfectos. Ahora construyes de otro modo: con días buenos, con días difíciles, con una paciencia que antes no conocías. Sabes que algunas mareas arrasan, pero también que siempre queda arena firme donde apoyar los pies.

Yo sigo aquí.

Esperándote.

Sosteniéndote.

Porque quien ha aprendido a flotar en medio del dolor lleva el mar dentro para siempre...

Y aún no has terminado de contarme lo que serás cuando vuelva a amanecer.